

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ


**FUNDACIÓN**  
**ideas**  
**PARA LA**  
**PAZ**

## Desde adentro

Número 7 / Diciembre de 2006

### Reclusas en Mocoa

Por Germán Arenas Usme

Desde hace un año, son muchas las mujeres que han llegado a la cárcel de Mocoa con las botas pantaneras puestas. El Ejército no les dio tiempo de ponerse los zapatos domingueros, cuando las sorprendió haciendo el jornal del día, raspando hoja de coca en cualquier terreno del Putumayo.

*"Si me hubiera cargado cuatro kilos del polvo estaría tranquila, pero uno trabajando al sol y al agua, iy metido aquí por eso!"* La que pregona su rabia es Ermisenda Meneses (Emma, para las compañeras de celda). Ella no entiende por qué ahora raspar coca es pecado, si antes lo hacía delante de los soldados. Se acaba de componer el pelo. Es día de visita y puede pasar al patio donde está su esposo y sus dos hermanos.

Los tres, como ella, trabajaban de obreros cuando llegaron los militares a la parcela de Puerto Caicedo, el 22 de noviembre del año pasado. A sus tres hijos –menores de 13 años– les tocó irse a vivir a Nariño, con la abuela paterna.

Cuando Emma llegó a la cárcel de Mocoa había sólo 19 mujeres. Hoy el patio femenino es toda una colonia de reclusas campesinas. Treinta y siete presas, 31 de ellas tan inocentes como venían del campo. *"La cosa se puso así desde febrero, cuando comenzaron de nuevo las acciones militares en los campos cocaleros.* Se lamenta una de las internas. *Hay que sacrificarse en el rebusque porque no hay nada más que hacer y la situación cada día se pone más dura"*. Dialoga con un sacerdote de la Pastoral Social, quien llega cada ocho días para subirle la moral a las madres presidiarias.

Antes de que "fuera pecado" raspar hoja de coca o salir a vender un kilo para luego hacer mercado, las mujeres del campo cargaban la bolsa con la droga entre sus mochilas, como cualquier cachivache. Ahora la esconden en la cintura. Las "mulas" campesinas cuentan todo esto mientras se amontonan al lado del sacerdote.

Aunque es día de visita, el glamour no tiene espacio entre las prisioneras. La que más hace por su apariencia es Nidya Consuelo Tulcán. Llevaba dos mil gramos de coca de Puerto Guzmán a Mocoa, cuando la cogió el retén del ejército en Villa Garzón, una población intermedia. Por cada kilo le iban a dar cien mil pesos. La plata era para que Rosa, su mamá, viajara a Pasto y se operara la vesícula. En Mocoa no tenían la sangre que necesitaba. La abuela enferma se defiende como puede, cada vez que llegan a Puerto Guzmán a decirle que Bienestar Familiar (ICBF) le va a quitar a los cinco nietos que le dejó a cargo Nidya.

Los hijos son lo que más las atormenta. *"Ellos son los más castigados"*, dijo una de ellas. Y otra, una muchacha de 19 años con la mirada aguada, pide que la anoten en la lista que la Pastoral Social recoge. Parece agobiada. Como todas, está convencida de que un lugar en los registros de la Iglesia la devolverá más pronto al lado de su bebé de once meses. Ninguna de las campesinas siente vergüenza al inscribirse como presidiaria, *"aunque la lista salga en un periódico"*. *"Anóteme a mí, dice alguna que logra sobreponer su voz fuerte sobre un murmullo de quejas. Tengo cinco hijos. Se tuvieron que salir de la escuela porque los familiares que los están cuidando apenas les pueden dar la comida"*.

Las condenas en contra de las campesinas son, en su mayoría, de cuatro años de cárcel. Ema y Nidya no saben todavía si les sirvió para algo *"la tal sentencia anticipada"*. La expresión judicial se metió a la fuerza

en su lenguaje desde que, sin ellas saberlo, les sirven a las estadísticas de la lucha antidrogas del Gobierno para mantener en pie la ayuda para el Plan Colombia en su segunda fase. Ahora las mujeres temen los traslados anunciados –a las prisiones de Cali, Popayán y Pasto–, que las alejarán más de sus hijos. Mientras llegan los cambios hacen arepas para vender entre los reclusos, negocio que también y por disposición de las autoridades carcelarias se les va acabar.

*“Cada día que pasa, llegan más mujeres por la ignorancia de ser mula, dice Emma, como resignada a su suerte. ¡Y todo por el afán de conseguir unos cuantos pesos para sostener a sus hijos!”.* Luego comenta extrañada: *“Así es como el Gobierno busca la paz, sin pensar el hambre que se sufre en el campo”.* Más de una de estas campesinas guardó en un rincón de la celda sus botas pantaneras. Piensan calzarlas cuando vuelvan a ser libres.